



"Madrid.— Sesión inaugural del Instituto Francés, presidida por el representante del gobierno francés y exministro Sr. Steeg. (De fotografía de Vidal" 1913, n.º 1.632, p. 247.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La nota de actualidad es un incendio: el que ha destruido por completo el teatro de la Comedia.

Andan muy apurados preguntando las causas del siniestro, lo cual parece cándido. El incendio habrá prendido, según suele suceder, por una chispa; pero se hubiese extinguido, y no ardería el edificio entero ni lo que contuviese, si no fuese invariable costumbre que la gente abandonase lo que se le encargaba cuidar.

El caso se presta a algunas consideraciones sobre la psicología nacional, que ahora está en moda estudiar despacio.

No hay periódico que no extreme, en esta circunstancia, la alabanza a los bomberos, por su comportamiento heroico. Lo ha sido realmente, con arrogante desprecio de la vida. Y no sólo ellos, sino otras personas, no obligadas por su profesión, dieron muestras de bizarría, contribuyendo al salvamento y a la extinción del fuego. La conducta de todos tuvo gran relieve. Suele acontecer así en los casos de apuro, en los trances críticos, viéndose abnegaciones sublimes y rasgos de valor y desprendimiento dignos de los mayores elogios.

Lo que falta, por lo general, a nuestro carácter, es la perseverancia en una línea de conducta; es el sentimiento del deber cotidiano, persistentemente cumplido. Pasado el momento en que las cosas son graves e inesperadas, cuando llega la humilde realidad de cada momento, entra el abandono, la indiferencia, el *tanto da*, fatal y disolvente. Y por eso comprendo muy bien que el empresario de la Comedia, con amargura, declare que el descuido fué la causa. Los que debían cuidar del teatro, roncaban. Habría que desconocer cómo pasan siempre las cosas, para creer que vigilaban cuidadosos.

El hijo del conserje, encargado de velar por la conservación del edificio, por lo visto, en lugar de velar, dormía. Dormía sobre un diván — lo cual no es muy refinado para un teatro tan elegante — pero quizás se creyó que, no durmiendo entre sábanas, sería más fácil que se despabilase. El sereno, que debía entrar cada media hora, tampoco entró, aunque afirma que sí, como afirma el hijo del conserje que hizo requisita a las tres; pero el empresario no lo cree. Y tampoco lo creo ni lo creerá nadie. A las cuatro, el teatro era un infierno. Si a las tres se hubiese requisado, se atajaría el incendio una hora antes, quizás se salvaría el teatro, al menos en parte.

Los teatros requieren especial atención, desde el punto de visto del fuego. En efecto, no sé por qué, arden con más frecuencia que los demás edificios... Aquí, en pocos años, han arido, como yesca, dos de los teatros mejores. Recuerdo la emoción que produjo el siniestro de la Zarzuela, unido a muchas y muy singulares leyendas y fantasías. Ahora, es la Comedia la que desaparece.

A decir verdad, si el pasado de la Comedia era glorioso, en estos últimos tiempos más bien pertenecía al *vaudeville*. Y supongo que los ámbitos de aquel escenario se sentirían achicados al substituir *El Orgullo de Albacete* a *Los Gacotes*, *La Dolores*, *Juan José*, y al arte de Lidia Borelli, de Tina di Lorenzo y de Zacconi...

En el primer momento, temí por algo precioso que encerraba el edificio, y eran unos magníficos cuadros, propiedad del Sr. Navas. Entre ellos figura el retrato del Empeinado, obra de Goya. Por fortuna, se han salvado, pues el incendio tuvo su foco en el escenario y patio de butacas, y llegó tarde al vestíbulo. Los cuadros se hallaban colgados en la contaduría, al lado del *foyer*.

Es sin duda una gran pérdida la de tan hermoso edificio, y un gran desastre para los artistas y el empresario, éste arruinado, según dolientemente manifiesta, y aquéllos privados de sus ropas. El empresario no tenía nada asegurado, así es que ha sido para él mayor el desastre. El inmueble sí lo estaba, de suerte que por este concepto será el daño fácil de reparar.

El gesto gallardo — como ahora se dice en galiparla — lo ha tenido Fernando Díaz de Mendoza, o mejor dicho, porque no conviene separar lo que el Arte unió, los Mendoza Guerrero. Con la generosidad que los caracteriza, ofrecieron por telegrafo cuanto pudiese necesitar Tirso Escudero: decorado, *attrezzo*, vestuario, para salvar el compromiso de la anunciada *tournee* por los países americanos. Ardió lo que, empaquetado ya, sólo aguardaba a ser expedido, y Díaz de Mendoza lo substituye, a lo gran señor que es.

Mariano de Cavia parece fuera de todo peligro. Cada día que pasa aleja los temores de complicaciones y retrocesos. Empieza a hacer su vida de convaleciente normal, y la señal mejor es que ha vuelto a coger los puntos al idioma.

No ha muchos días, se escandalizó de la palabra *roseraie*, que verdaderamente es francesa, y la substituyó con otra, *rosaleda*, que significa vivero o campo de rosales.

Hace mucho tiempo que yo tenía una *rosaleda*; pero le llamaba *rosalera*, por analogía con esparaguera, fresera. No defiendo mi erre, y estoy dispuesta a reemplazarla con la *d*, si ocurre; pero conste que tengo mi palabreja, y no suena mal.

Mi rosaleda (sigo diciendo así provisionalmente) es un vasto campo todo plantado de rosales distintos, rojos, amarillos, color de carne, blancos como el ampo de la nieve, y hasta color de rosa — que es el que menos se lleva —. Y al principio la llamé *alejandra*, porque es en Alejandría donde los campos de rosas son habituales y cubren vastas extensiones. De esas rosas se extrae la famosa esencia oriental, que se vende en los bazares de Esmirna y el Cairo, en tarritos de vidrio, muy angostos, adornados de dibujos de oro, que parecen los recamos de un tapiz.

Siguen a la orden del día los asesinatos de mujeres. En esta semana hemos tenido nuestro correspondiente marido calderoniano. Mató a su conyuge, con certeros tiros; pero, llegado el momento de «hacerse justicia», le falló... Picara casualidad — que se da muy frecuentemente —.

Y después, el toque teatral: el beso al cadáver, en la frente, con gran efusión...

Hacen bien estos médicos de su honra (la cual, la mayor parte de las veces, no ha sufrido deterioro, y ésta me parece una de ellas) en realizar todas las alharacas del sentimiento. Son la probable absolución del jurado, y hasta los aplausos a la salida, y los apretones de manos, y el convite de los camaradas y los amigos...

Y cuatro huérfanos, y un hogar deshecho en un arrebato, y un ser humano sacrificado sin misericordia...

Con razón decía un célebre jurisconsulto que la vida no está protegida; pero debió añadir «en especial, la de la mujer». Todo español cree tener sobre la mujer derecho de vida o muerte. Lo mismo da que se trate de su novia, de su amante, de su esposa. Los celos disculpan los más atroces atentados, las venganzas más cruentas; y los que se escandalizan de las barbaridades de la guerra (que al fin tienen un carácter colectivo y de interés general) disculpan esas atrocidades individuales, como si fuese lícito nunca tomarse la justicia por la mano.

He visitado, en el Salón Iturriz, la Exposición de Maximino Peña. Este pintor lleva años de trabajar y de formarse la mano, y ha llegado a adquirir una factura extraordinaria. Algunas cabezas de las que exhibe, están a la altura del hacer de los viejos maestros de la escuela española.

Una, de un aldeano, que ha sido adquirida por la Infanta Isabel, es de energía y fuerzas sorprendentes. Parece vivir.

Este Salón Iturriz, en poco tiempo, se ha hecho un centro de vida artística. Dentro de lo industrial, no cabe cosa más linda que las acuarelas y litogra-

fías que reproducen cuadros célebres. Y como nunca faltan expositores, se puede revisar, en el Salón Iturriz, lo más reciente y digno de interés que producen la pintura y el dibujo en la temporada de invierno.

Otro foco de arte, pero individual y aislado, es la tienda de Zuloaga, en la calle del Arenal. Quien la ve por fuera, cree que allí no se vende sino hierro nielado e incrustado, en el conocido estilo de Eibar. Pero dentro está lo importante: los barro vidriados, los azulejos, los platos de reflejo hispano-árabe. Todo ello original, es decir, sin carácter de fabricación, sin reproducir dos veces el mismo modelo.

Diseño, pintura, esmalte, todo es obra del anciano artista, tío del célebre pintor Zuloaga. Y como yo insinuase que la cerámica que estoy viendo tiene un sello muy semejante a los cuadros de Zuloaga que reproducen tipos de los pueblos de la provincia de Segovia, me contesta el ceramista, con natural orgullo artístico:

— Yo empecé antes que él a trabajar en ese sentido...

Es muy frecuente, en las familias en que el arte puso su sello, que la aptitud venga de padres y de abuelos y sabe Dios desde cuándo. Suelen estas familias formar dinastía, y en mayor o menor grado, revelarse en ellas las mismas condiciones, y hasta ideas semejantes.

Este ceramista genial tiene su taller, que me prometo visitar en cuanto me sea posible, en una iglesia románica de Segovia, donde, como si le alentara el soplo del pasado, ha vuelto a encontrar los misteriosos reflejos de los platos y jarras antiguas. La materia de que se sirve, es el barro rojo, lo más humilde, con lo que se fabrica el ladrillo y la teja. En ese barro he adquirido un almirez, reproducción de los antiguos, los de latón. Este es de barro vidriado, con preciosa armonía de colores, rojo y azul verdoso, y no son menos lindos los platos de colgar, con tipos populares segovianos.

Cada señal de vitalidad artística me alegra, porque es uno de los aspectos por los cuales España pudiera crear riqueza.

Aunque no suelo hablar ni de política ni de nada que con ella se relacione, a título de actualidad debo decir que es sorprendente la expectación que ha despertado el discurso de D. Antonio Maura en el Real. En el momento en que esto escribo, tal expectación ha llegado a su colmo. Por las localidades hay puñaladas. Un entradón así quisiera el empresario para las noches de gran cartel. Quieren ir treinta mil personas, y no caben en el teatro, según parece, sino tres mil, a lo sumo cuatro.

Y el caso es que todo el mundo se pregunta: ¿tiene tanta importancia este discurso como parece desprenderse de la ansiedad que suscita? ¿Va a constituir un acto de resonancia suprema, transcendental en el partido y en la nación?

La mayoría de las gentes creen que no. La situación del orador es difícil. No puede decir ni la mitad de lo que piensa o siente...

La danza es un arte que, en estos últimos tiempos, renace de sus cenizas — y cuidado que sus cenizas eran seculares varias veces —. Hablo de la danza popular, no de la de los cuerpos de baile. Todas estas bailarinas que van disputándose el aplauso y la admiración del público, retornan más o menos a los antiguos ritos, en las altas edades históricas. Y es un espectáculo bello y artístico el de tales danzas. Aun cuando no he asistido a las últimas fiestas de este género, vi el entusiasmo que despertaron, y la *Argentina*, y la bailarina belga, recogieron tributo de admiración y ovaciones sin cuento, en el Ateneo y dondequiera.

Hay un porvenir para la danza. Cada nación, además, enlazará la tradición de las suyas peculiares, y no dejará que se pierda en la bruma del olvido esa belleza de su alma, revelada en el ritmo del movimiento y en la plástica de las posturas.

Aunque no estemos para muchas danzas, hay que saludar a las gentiles descendientes de las danzarinas de Gades, que electrizaron a Roma.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.